

vis había perdido una importante parte de su vida por algo que meses después carecería de importancia. Esa es la parte fundamental de la película, y ahí es donde Alan Parker encuentra lo mejor de su trabajo. Una obra que, por encima de sus deficiencias o de su oportunismo —término que no significa aquí un juicio moral, sino estético—, puede y casi debe verse. ■ D. G.

“Máxima ansiedad”

Mel Brooks es ese comerciante hábil que ha encontrado el éxito en una película importante —“El jovencito Frankenstein”, casi una obra maestra—, y lo ha buscado insistentemente en su propia mitificación y en la repetición supersticiosa de imitar a el cine dentro del cine. Acumulando “gags”, Brooks corre siempre el riesgo de realizar películas insulsas al faltarle el sustento temático o ideológico que, por ejemplo, Woody Allen sí tiene en sus trabajos. El acierto o fracaso del Mel Brooks es, por tanto, el de sus chistes, limitándose las películas a tener interés si lo tienen las situaciones aisladas que narra. Títulos como “Sillas de montar calientes”, “El misterio de la doce sillas” o “La última locura” pueden dar prueba de lo débil del director. Sin embargo, cuando el invento es realmente ingenioso u original, alcanza unos grados respetables y graciosos. Es el caso de “Máxima ansiedad”, película desigual, pero correcta, donde las referencias al cine de Hitchcock son baratas y flojas —como la de “Los pájaros”— o realmente fascinantes —como el largo travelling sobre el ventanal, que acaba rompiendo el cristal—. El problema de Mel Brooks es que lleva al cine implacablemente todo cuanto se le ocurre, en la esperanza de que algo de ello sea auténticamente bueno. Por eso “Máxima ansiedad” es tan irregular. Pero como en ocasiones sí inventa “gags” realmente excelentes, la película llega a convertirse en la mejor de su autor tras la indiscutible “El jovencito Frankenstein”.

No era fácil inventarse una humorada sobre Hitchcock fuera

de los tópicos habituales, mucho más cuando el propio Hitchcock ha imprimido a sus películas de una fina ironía que distanciaba en ocasiones el tremendismo de las situaciones. En sus años de retiro, ve ahora el viejo Hitchcock cómo sus películas clásicas son homenajeadas con cariño, y Mel Brooks ve también que, a pesar de su divismo, de su sentido hortera de la puesta en escena, de su afán desmedido de lucro, es en ocasiones suficientemente imaginativo para hacer

una película que puede verse sin el pudor o el bostezo al que obligaban sus títulos inmediatamente anteriores. ■ D. G.

“Tobi”

El cine o la televisión de Antonio Mercero han adolecido siempre de una blandura excesiva. Es decir, ha sacrificado las vinculaciones de su historias con la realidad circundante por la creación de un mundo idílico para el que tampoco ha logrado

el carácter fantástico que muchas otras películas han propuesto. Mercero es un hombre a medio camino entre la ingenuidad y la evasión. “Tobi”, su última película, quiere ser una crónica de la intransigencia y la manipulación de unos seres por otros. La particularidad de un ser humano es insostenible para los demás, como ya había demostrado Joseph Losey en su espléndida “El muchacho de los cabellos verdes”. En lugar del color del pelo, Mercero ha propuesto que a un niño le crezcan alas. Los que le rodean, en lugar de facilitar esa originalidad y permitir que el niño vuele, le condicionan, eliminándole sus atributos o comercializando su intransferible personalidad. El niño, finalmente, huirá por sus medios específicos, dando, digamos, una lección a todos. Esta fábula, que podía haber adquirido características de mayor importancia, se ha sacrificado por la blandura. Las gracias del actor infantil, Lolo García, y el barato sentido del humor de Mercero (con esas secuencias del almacén de Galerías Preciados o del rodaje del “spot” publicitario, entre otras varias) han ido rebajando de intención y de interés la película entera. Por no citar la inverosimilitud de datos como el del chalet de dos plantas donde vive un obrero probador de bombillas en la cadena de una importante fábrica nacional. Se ha querido suplir, no obstante, esa pérdida de intenciones colocando algunas secuencias lacrimógenas (que están dentro de lo mejor de la película), pero, en conjunto, “Tobi” no llega a ser esa denuncia que sus autores creen haber conseguido.

Lo que es lamentable. Independientemente del éxito económico que “Tobi” tenga (y probablemente será mucho, gracias, entre otras cosas, al precedente Mercero-Lolo García en “La guerra de papá”), creo que aquí se demuestra que la persecución de ese éxito abarata enormemente las intenciones y los logros. Porque en esa pretensión se reprime lo que, en definitiva, luego interesa realmente al público. Si Mercero hubiera eliminado sus chistecitos y su sensibilidad, ahora nos quitaríamos el sombrero con admiración. Pero no podemos hacerlo. ■ D. G.

“Interiores”

Woody Allen, el incansable humorista judío, el ácrata defensor de una destrucción total de la cultura por considerarla una forma de alienación, el desvalido hombre feo que lucha por encontrar un poco de afecto en el entorno, ha roto la baraja. Después de su famoso Oscar por “Annie Hall”, no ha realizado película que continuara el éxito de aquella, sino que ha sorprendido a todo el mundo dirigiendo una película “a lo Bergman”: personajes femeninos encerrados en “interiores” claustrofóbicos donde se dan cita sus angustias, sus temores a la muerte, sus culpabilidades... Tras el aparente mundo oficial, lleno de delicadezas y buenas costumbres —esos “interiores” decorados con exquisitez—, se encierra el drama de cualquier supervivencia. Frente a la angustia de esas mujeres, otra más aparecerá —vulgar, dieharaquera, inculta—, siendo el único personaje identificable con el resto del cine de Allen. Esa mujer vuelve a ser la esperanza de romper con la tradición pedante de una cultura inútil que separa a los seres humanos en lugar de unirlos.

Aun teniendo estas breves concomitancias con su trabajo anterior, “Interiores” es una sorpresa. No estamos acostumbrados a que los hombres de éxito sean capaces de renunciar a las fórmulas seguras, investigando en terrenos tan opuestos y de tan escasa comercialidad. El riesgo que Woody Allen ha corrido es ejemplar. Pero ha perdi-



Woody Allen.

do la batalla. A pesar de que “Interiores” es una película excelentemente rodada y con unas actrices admirables —Geraldine Page y Maureen Stapleton, sobre todo—, la referencia al cine de Bergman es inevitable; en la comparación, Allen no tiene con esta película gran cosa que aportar a lo que el maestro sueco ha desarrollado ya ampliamente. Aunque el cine de Bergman se convierta a veces en una simple fórmula, a Woody Allen le ha faltado la imaginación o la profundidad de aquél. “Interiores” es una retahíla de monólogos (pésimamente doblados en castellano, chirriantes en sus palabras y casi grotescos en su interpretación) que de alguna manera remiten a la ingenuidad del director. Ingenuas eran otras películas suyas —“Bananas”, por ejemplo— e ingenua es esta nueva obra —digna, correcta y admirable por el riesgo que supone—, pero menor, muy menor en la comparación con otros trabajos realizados por cineastas distintos —Saura, por ejemplo—. ■ D. G.